

Gloria Molina

Supervisora del Condado de Los Ángeles

4 de junio de 2008.

La pionera Gloria Molina es la primera latina en la historia en ser elegida para la Legislatura Estatal de California, el Ayuntamiento de Los Ángeles y la Junta de Supervisores del Condado de Los Ángeles. Como supervisora del condado de Los Ángeles, Gloria Molina acuñó una reputación como protectora fiscal comprometida en lograr buenas reformas gubernamentales y abordar problemas de calidad de vida, particularmente para el millón de residentes que viven en áreas no incorporadas. Pero su enfoque principal ha sido fortalecer el sistema de atención de salud pública del condado de Los Ángeles; primero, asegurando mil millones de dólares en fondos federales en el mandato del presidente Bill Clinton, en 1995, para rescatar la red de atención médica del condado; después, ayudando a desarrollar el sistema de salud de colaboración entre el sector público y privado del condado, hasta ser el más grande de los Estados Unidos.

Mientras estuvo en la Legislatura Estatal de California, Molina prestó su ímpetu político a muchos temas; pero su larga, y al final exitosa, lucha contra la construcción de una prisión estatal en el vecindario de Boyle Heights, fue lo que la convirtió en una leyenda local.

Molina creció siendo una de diez hijos e hijas, en el suburbio de Pico Rivera, en Los Ángeles, de padre mexicanoamericano y madre mexicana. Asistió a escuelas públicas en su ciudad natal, y a la Universidad Rio Hondo (California, Estados Unidos), a la Universidad del Este de Los Ángeles (California, Estados Unidos), y a la Universidad Estatal de California, Los Ángeles (California, Estados Unidos).

Mi padre solía decir: "Con un sueño, trabajo y ganas, todo se puede lograr". Con un sueño, trabajo duro y determinación, cualquier cosa se puede lograr. Ahora, uno pensaría que con tal inspiración positiva, todo había estado planeado; que yo habría sabido de niña que un día estaría aquí. Pero nada podría estar más lejos de la verdad.

Mi madre y mi padre son de Casas Grandes, Chihuahua. Soy la primera generación aquí. Aunque mi padre nació en los Estados Unidos, fue criado en México desde los tres años. Por supuesto, siempre anheló volver a este país. Soy la mayor de diez hijos e hijas. Me crié en Los Ángeles. Todos vivíamos juntos en una pequeña casa de dos recámaras. Y claro, siempre me recordaban que era mi responsabilidad dar buen ejemplo a mis hermanos y hermanas. Esa es una tradición en México y yo estaba muy orgullosa de cumplir con esa tradición. Mis padres tenían sueños para todos y cada uno de nosotros. Pero esos sueños eran bastante limitados. Mi padre aspiraba a que me graduara de la escuela secundaria y llegara a ser secretaria en alguna oficina legal. Eso lo haría sentirse muy orgulloso. Quería que todos sus hijos aprendieran inglés, y que no tuvieran acento. Eso era muy importante para él porque no quería que nos discriminaran. Por supuesto, quería que cada uno de nosotros se graduara de la escuela secundaria. Él fue trabajador de la construcción toda su vida y, como él decía, trabajó con su espalda y sus manos y no quería que siguiéramos esa tradición.

La tradición era parte integral de mi crecimiento. Ciertamente, se esperaba que mi hermano se convirtiera en abogado o profesionista. Se esperaba que las niñas se convirtieran en maestras, secretarias y madres. Pero mis sueños eran mucho más grandes que eso. No eran políticos en absoluto. Mi intención era llegar a ser diseñadora de modas, aunque ustedes no lo crean. Después de dos clases de arte, de forma muy clara decidí —y creo que más bien las circunstancias decidieron que yo no tenía el más mínimo talento en esa área—comenzar la escuela superior; estaba interesada en el trabajo social. Es interesante que a mi madre le molestara tanto mi deseo de ir a la universidad. Al fin y al cabo, ella solo había cursado hasta el

tercer grado; sentía que, para mi futuro, graduarme de la escuela secundaria era más que suficiente. Al fin y al cabo: "yo iba a convertirme en esposa y madre". También le molestaba el hecho de que mi padre hubiese tenido un accidente industrial. Él había sido víctima de un derrumbe en una cueva, y vivíamos con su cheque por discapacidad. Otra bonita tradición mexicana es que el hijo o la hija mayor debe ser responsable del bienestar familiar, por lo que se necesitaba un cheque de pago adicional. En consecuencia, tuve que salir a trabajar. Asistía a la escuela superior, mientras trabajaba de tiempo completo como secretaria en una oficina legal.

Me involucré en todo tipo de temas en la comunidad, y una de las cosas que decidí fue ser voluntario en un centro comunitario local de la zona este. Empecé a trabajar con mujeres jóvenes, estudiantes de décimo grado que, desafortunadamente, no podían leer al nivel de décimo grado. Eso me molestó tremendamente. Fui a visitar a los maestros y maestras de la escuela secundaria y me confrontaron, diciendo: "No te preocupes por estas muchachas. A fin de cuentas, no se graduarán de la secundaria. Probablemente quedarán embarazadas primero. Nosotros no esperamos que ellas se gradúen. Así que, si yo fuera tú, no me preocuparía por ellas". Eso puso en marcha mi adrenalina, y no ha parado desde entonces.

Al mismo tiempo, en la zona este, el movimiento chicano apenas comenzaba. En la escuela superior, todos éramos miembros de la Mexican American Students Association (Asociación de Estudiantes Mexicanoamericanos. MASA, por sus siglas en inglés). En ese tiempo estaba bien ser un algo-más-y-americano. Y, por supuesto, MEChA (Movimiento Estudiantil Chicano de Aztlán) vino poco después.

El movimiento chicano fue muy estimulante para mí. Escuchar a activistas chicanos hablar de lo que teníamos que hacer sobre las desigualdades, las injusticias; fue maravilloso. Me uní tan rápido como pude. Yo era una seguidora extraordinaria. Desafortunadamente, las mujeres

de esa organización fueron relegadas a la tarea de mimeografía y a hacer menudo para las recaudaciones de fondos. Cada vez que queríamos proponer nuestros temas —y teníamos muchos temas: capacitación para el empleo, cuidado de niños, educación superior— se nos castigaba y nos ponían en nuestro lugar. Participé en varios eventos, pero cada vez que proponíamos nuestros temas, nos acusaban de dividir el movimiento.

Bueno, en esa misma época, asistí a varias reuniones de sensibilización. Así se llamaban entonces, en la infancia de nuestro actual movimiento feminista. Escuché a todas estas mujeres blancas hablar de estos hombres machos que las discriminaban, que las relegaban a papeles subordinados. Para mí, escuchar eso, fue verdaderamente problemático porque, al crecer, mi padre estaba muy orgulloso de ser un macho. El machismo en México es una tradición de orgullo. Un macho es alguien que es un hombre responsable, respetado; alguien que asume la responsabilidad de su familia. Y es un papel muy honorable. Entonces, que ellas usaran esa palabra, era un problema para mí. Por supuesto que yo era víctima del racismo que estaba sucediendo en la comunidad, pero también era víctima del sexismo que estaba sucediendo en la comunidad.

La guerra en Vietnam y el hecho de que nuestros chicanos iban al frente de batalla (y estábamos perdiendo a muchos; muchos más que nuestra representación proporcional en este país en lo que respecta a población), rápidamente me llevaron a decidir que esto era en lo que me iba a concentrar. Me involucré en el movimiento chicano, me dedicaba a estos temas todos los días, y también trabajaba de tiempo completo. Al mismo tiempo, y con un perfil muy bajo (porque en ese momento no era una persona muy atrayente ni una líder de ningún tipo), participé en varias discusiones con otras latinas y otras chicanas de la comunidad. Ciertamente, sentíamos la discriminación. Ciertamente, sentíamos las barreras para avanzar.

Entonces empezamos a hablar sobre armar una organización, de una red donde pudiéramos convertirnos en defensoras. Me enteré de la apertura del Chicana Service Action Center (Centro de Acción de Servicio Chicana. CSAC, por sus siglas en inglés), que era dirigido por un grupo de mujeres muy, muy asertivas; entre ellas, Francisca Flores, quien fue activista del movimiento laboral en los años 40 y 50; Lilia Aceves, y varias otras mujeres que habían decidido abrir un centro de capacitación y asesoría laboral. Me alegré mucho de encontrar finalmente esta red de mujeres. Me convencieron y nos unimos a ellas. Ellas dijeron que debíamos formar un capítulo de la organización conocida como Comisión Femenil Mexicana Nacional, un grupo nacional de defensa para mujeres chicanas. Pensamos: “¡por supuesto!”. Tan rápido como pudimos, creamos un capítulo en Los Ángeles, solo para descubrir que esa organización solo existía en papel. No había tal organización. Sin embargo, nuestra primera reunión atrajo a más de doscientas chicanas. Entendimos claramente la importancia de que el diálogo que estábamos teniendo entre nosotras también estaba sucediendo en otras partes, y que las chicanas necesitaban tener una red, una organización, y alguien que abogara en su nombre.

Tomamos medidas lo más rápido posible. Empezamos a desarrollar nuestras habilidades de liderazgo hablando delante de la gente, muchas veces sin estar debidamente preparadas, pero íbamos aprendiendo en el camino. Escribíamos propuestas para desarrollar varios programas para mujeres. Escribíamos artículos sobre muchos de los temas en nuestra comunidad. Estábamos avanzando con un plan de acción muy fuerte. Desarrollamos más programas de capacitación para el empleo. Desarrollamos servicios de apoyo para Latinas y Chicanas, y sus familias. Como una mujer no puede ir a trabajar si no tiene buenos servicios de cuidado infantil, desarrollamos el primer centro de cuidado infantil bilingüe y bicultural. Hasta llegamos a demandar al condado de Los Ángeles, al cual ahora sirvo en la Junta de Supervisores, para

detener la esterilización forzada de mujeres mexicanas en el Hospital General del Condado de Los Ángeles.

Teníamos un plan muy, muy activo, y estábamos muy entusiasmadas con el trabajo que estábamos haciendo. Por supuesto, eso nos llevó a involucrarnos en el proceso político. No era lo que teníamos planeado, pero al involucrarte en muchos de esos temas, uno se vuelve parte del proceso político.

Me volví muy hábil y organicé un ejército de activistas. Éramos una mercancía muy valiosa para la mayoría de las campañas de base para los chicanos que se postulaban cargos públicos. Cada vez que uno de ellos decidía postularse, me llamaban y yo juntaba a todo un grupo de personas. Nos convertimos en una mercancía muy, muy valiosa, como dije, para cualquiera de esas campañas. Yo era asidua en estos eventos.

Con el tiempo, tuve la oportunidad de trabajar para el recién elegido asambleísta, Art Torres. Quien era asistente administrativo en ese entonces. Verdaderamente recibí complacida la oportunidad de trabajar con él en la comunidad, en muchos de los temas. Fue emocionante ser parte, no sólo de su campaña, sino eventualmente de su equipo de trabajo.

Quería aprender más sobre la organización política, así que solicité una oportunidad para trabajar en la campaña Carter-Mondale que se venía extendiendo desde la zona este de Los Ángeles. Ahí, me convertí en la "Chicana" de la campaña de California, ya saben, solo puede haber una a la vez; no puedes tener tantas. Me enviaron de arriba abajo, por todo el estado, para organizar para Carter-Mondale. Desafortunadamente, la mayoría de los chicanos no sabían quién era Jimmy Carter y, en muchos casos, ni si quiera les interesaba. Pero por suerte, aunque no ganamos el estado de California, ganamos la Casa Blanca. En ese entonces, me llamó un querido

amigo mío, Rick Hernández. Él trabajaba en la sección de la región occidental, y más tarde se convirtió en todo un personaje de la Administración de Pequeñas Empresas. Me llamó y me dijo: "¿Por qué no presentas tu solicitud a este puesto en la Casa Blanca?". Pensé "¡Vaya!, qué oportunidad tan emocionante, ir a la Casa Blanca y estar con todos estos políticos de la Casa Blanca que saben todo lo que está pasando, y saben cómo hacer que pase". Podría aprender tanto. Estaba muy emocionada. Fue muy impresionante, y tuve mucha suerte.

Bueno, en mi primer día en el trabajo recibí un sobre en mi escritorio. Tenía dos pequeñas banderas: la bandera de los Estados Unidos y la bandera de Irán. Nos invitaron a acompañar a Jimmy Carter en el césped de la Casa Blanca, y darle la bienvenida al sah de Irán. Estaba muy emocionada, mi primera vez en el césped de la Casa Blanca. Ahora, yo había participado con la Moratoria Chicana (Comité Nacional de Moratoria Chicana contra la Guerra de Vietnam) en la zona este de Los Ángeles; en las protestas escolares también en la zona este; yo había participado en protestas contra la guerra en todo Los Ángeles; y había estado involucrada en protestas feministas; pero nunca esperé que me rociarían gas pimienta en el césped de la Casa Blanca, y eso fue lo que lo que sucedió aquel día. Al parecer, muchas de las personas que estaban en contra del Sah, armaron un revuelo afuera de la Casa Blanca. Eso es lo que me pasó en mi primer día.

Esa noche, mientras salía del lugar, un oficial de la policía de la Casa Blanca me dijo: "Tenemos que acompañar a todos los iraníes a sus vehículos". Yo dije: "¿Iraní? No soy iraní. Soy mexicana". Él dijo: "Oh, ¿de México?" Y respondí: "No. Soy de la zona este de Los Ángeles". Por supuesto, me quedó muy claro que, para muchas de las personas en D.C. (Distrito de Columbia), nosotros éramos inexistentes.

En esa época, tuvimos la suerte de tener algunos miembros en el Congreso, como el congresista Ed Roybal, y a nuestro propio congresista, Robert García. Muy pocas personas de todas las que estaban allí, de verdad no podían luchar contra todas las desigualdades que muchos de nosotros sabíamos que existían en nuestra comunidad en ese momento. Yo necesitaba regresar a casa y encontrar la manera de que más latinos pudieran ser elegidos para el Congreso de los Estados Unidos. Fue interesante porque yo trabajaba en la Oficina de Personal Presidencial, y mi responsabilidad era, una vez más: "nombrar hispanos en las comisiones". No en las comisiones superiores, por cierto, sino en las otras comisiones más pequeñas. "Asegúrate de poner solo uno, ¿de acuerdo?", ese era mi papel en ese momento. Disfruté del trabajo, fue un trabajo maravilloso, pero necesitaba irme a casa. Necesitábamos ir a casa y ser parte de la organización de nuestra propia comunidad, y así asegurarnos de que tuviéramos una presencia mejor y más fuerte en el circuito, y eso era muy importante. Cuando regresé a Los Ángeles, empecé a trabajar a tiempo completo para el entonces presidente de la Asamblea del Estado de California, Willie Brown. Y luego, de nuevo, me ofrecí como voluntaria (yo era voluntaria para todo) para un grupo llamado Californios, un comité de redistribución (de distritos electorales) que operaba en Los Ángeles. Sabíamos que, debido al crecimiento de la población chicana en todo California, teníamos derecho a dos escaños adicionales en el Congreso. Estábamos muy entusiasmados. Muchas de mis amigas feministas pensaron, ¿por qué no? Un escaño para un chicano, y uno para una Chicana, si es que vamos a ser justos en todo este proceso. Nos acercamos a muchos de esos funcionarios electos chicanos que habíamos apoyado durante todo este tiempo, entramos e hicimos nuestra petición de que pensábamos que nosotras debíamos tener uno de los escaños en el Congreso. Bueno, se rieron de nosotras en toda la habitación. Lo interesante de esto es que también nos habíamos acercado a varias abogadas chicanas, porque pensábamos que serían las

más calificadas para postularse. También ellas se rieron de nosotras. Dijeron que ya era suficientemente difícil conseguir que un chicano fuera elegido, cuanto más una Chicana.

Nos fuimos, curamos nuestras heridas y, por suerte para nosotras, hubo una oportunidad que apareció en mi propio patio trasero. El asambleísta Torres decidió impugnar a uno de sus colegas del Senado, y eso desocupó un asiento en la Asamblea. Una vez más, fuimos con las abogadas chicanas, pero ellas dijeron: "Uh, no tenemos ninguna posibilidad de ganar. No vamos a postularnos para ese asiento". Al final del día, estaba muy claramente decidido de que yo sería la candidata. Yo conocía el distrito, yo había trabajado en el distrito y sabía lo suficiente sobre política. Yo decidí hacerlo. Nosotros tuvimos que seguir adelante y asumir el riesgo. No estábamos seguras de que íbamos a ganar, pero íbamos a hacer todo lo posible.

Fui muy afortunada. Pudimos recaudar dinero. Nos diseñamos un plan de acción. Teníamos una campaña en marcha. Tuve mucha suerte al ser la mayor de diez, porque cuando caminas por el distrito, ayuda mucho tener nueve hermanos y hermanas caminando contigo. Caminamos por ese distrito una vez y media. En 1982, fui la primera chicana elegida para la Legislatura Estatal de California. Estoy muy orgullosa de eso. Estoy muy orgullosa de decir que lo que mi madre me dijo muchos años antes, acerca de dar el mejor ejemplo para los demás, me sirvió bien. Desde entonces, me han seguido unas de las mujeres más talentosas y maravillosas que haya conocido. Estoy muy orgullosa de haber sido la primera. Y muchas otras siguieron, como nuestra maravillosa congresista Hilda Solís.

En 1987 decidí postularme para el Ayuntamiento. Debo mencionar, por cierto, que cuando decidí postularme por primera vez para ese puesto en la Asamblea, los políticos dijeron: "No". Porque ya tenían a su propio candidato en mente. Tuvimos que postularnos contra ellos, a pesar de que ellos creían que no podíamos ganar. ¿Me creerían si les digo que, después haber

ganado la sede legislativa estatal y decidir postularme para el ayuntamiento, volví a buscar a esos políticos? y les dije: "Miren, quiero postularme para el Ayuntamiento", y me dijeron: "Oh, no. Nosotros ya tenemos nuestro propio candidato". Una vez más, ellos no me apoyaron; entonces tuve que vencerlos de nuevo. En 1987, me convertí en la primera chicana en el Ayuntamiento de Los Ángeles, lo cual fue muy importante para nosotros. La siguiente batalla sería para la Junta de Supervisores de Los Ángeles. Cinco hombres blancos representaban al condado de Los Ángeles; una Junta muy poderosa, desde el punto de vista de lo que hace y de lo que es responsable. Cinco personas que representan a diez millones de personas (su presupuesto este año es de más de \$22,000,000,000). Tiene una enorme responsabilidad. Pero la forma en que se trazaron las líneas del distrito fue muy inteligente y, sin duda, no se trazaron para servir a las minorías, a pesar de que teníamos una población latina muy grande, y una población afroamericana muy, muy grande.

Como resultado de un caso que el Fondo Mexicoamericano de Defensa Legal y Educación (MALDEF por sus siglas en inglés) llevó a la Corte Suprema para impugnar la redistribución de distritos, se creó un escaño en el primer distrito para ser un distrito latino. Me postulé con otros diez candidatos, incluyendo, desafortunadamente, a mi antiguo jefe, Art Torres. Fui elegida como la primera chicana en la Junta de Supervisores del Condado, la posición en la que sirvo hoy. Estoy muy orgullosa de llevar a cabo ese trabajo.

Cuando el congresista Roybal estaba por retirarse, se acercó a mí y dijo: "Me gustaría que te postularas para mi escaño". Francamente, estaba muy feliz en el trabajo que estaba haciendo. En ese momento yo estaba casada y tenía una hija. Luego, tuvimos la suerte de tener a Lucille Roybal-Allard. Ella fue mi sucesora en la legislatura de California, y estaba más que lista. Ella fue capaz de servir y seguir los pasos de su padre. Lucille es una congresista maravillosa. La

estimo mucho. Ella es una de nuestras grandes líderes. Estoy muy orgullosa de que haya sido una de las latinas que se motivó para involucrarse en el proceso político. Hemos querido, desde el primer día, tener a una Chicana en el Congreso de los Estados Unidos. Para cuando Lucille llegó allí, ya había otras, pero desafortunadamente todavía no era suficiente. Tenemos que hacer mucho más trabajo, y elegir a muchas más latinas para el Congreso de los Estados Unidos.

Sin embargo, estoy eufórica por el número de mujeres que veo en posiciones de poder, en organizaciones de defensa y en posiciones corporativas o en importantes juntas de consejo. Estoy muy orgullosa de ver tantas chicanas en posiciones de poder. Es maravilloso. Me alegro de que yo simplemente soy una de los muchos que seguimos luchando y asumiendo el riesgo de llevar a cabo este tipo de funciones.

Por cierto, quiero que sepan que, a pesar de que mi madre tenía un verdadero problema con el hecho de que yo fuera a la universidad, ella estuvo ahorrando dinero la mayor parte de su vida para que mis dos hermanas menores pudieran ir a la universidad sin tener que trabajar. Mi madre estaba tan orgullosa ese día cuando ellas obtuvieron sus títulos. Estoy tan contenta de que mi madre se haya dado cuenta de la importancia de que todos fuéramos a la universidad. Yo estaba muy orgullosa de ella ese día, también.

La realidad es que tenemos mucho más por hacer. Debemos darnos cuenta de que se requieren tanto hombres como mujeres en la mesa de las políticas públicas. No puede ser una o el otro. Debemos continuar con este tipo de unión cuando se trate de temas de la política. Como todos, estoy deseando que llegue una nueva administración. Me vestí con un traje de pantalón en honor a mi candidato. Espero poder ser parte de la campaña demócrata para recuperar la Casa Blanca. Sé que quien gane la Casa Blanca tendrá que pasar por la comunidad latina para llegar allí. Con suerte, reconocerán y entenderán el increíble talento que tenemos en nuestra comunidad

y nombrarán chicanas y latinas para puestos, como secretario de Estado, jueces de la Corte Suprema, incluso vicepresidentes, haciendo nuestra comunidad mejor y más fuerte día con día. Es maravilloso ser el primero o la primera, pero no significaría nada si no fueras sucedida por muchas personas como tú.